

Fundamentos históricos del aislamiento de Los Pedroches

Por Manuel LUNA RIVERA

LOS MUSULMANES EN ESPAÑA

Los historiadores de la Edad Media han mostrado siempre sorpresa y desconcierto al analizar las condiciones que propiciaron la imprevista irrupción de los árabes en España y la rápida ocupación del envejecido reino visigodo.

Ninguna de las vertiginosas conquistas árabes anteriores fueron tan fáciles, tan audaces y tan relativamente cómodas como la que le proporcionó la posesión de las tierras peninsulares, las más ricas que ellos pudieron apetecer.

Las impetuosas galopadas de los jinetes musulmanes desde Gibraltar hasta los Pirineos llenaron de asombro y de pánico al mundo occidental. Fue algo tan insólito y tan fuera del cauce de los acontecimientos normales, que su definición ha hecho pensar a más de un especialista en «el milagro histórico».

Tarik ben Ziyad, liberto del gobernador de Africa Muza ben Nusayr, destroza al frente de 12.000 beréberes al ejército visigodo en la batalla de La Laguna de la Janda en julio del 711 y acaba con la monarquía visigoda.

Siempre escoltado por la leyenda, Tarik ben Ziyad recorre en menos de un año casi todo el territorio español.

En junio del 712 desembarca en Algeciras Muza ben Nusayr con un ejército de 18.000 hombres, casi todos árabes, y comienza a ensanchar la conquista por el sur y el sudoeste de España. Se junta con Tarik en Toledo, y, al final del 713, tienen los dos jefes musulmanes en su poder toda la Península, a excepción de los escarpados riscos de las montañas

cántabro-astures y pirenaicas. Sólo han pasado dos años y medio desde que Tarik desembarcara en la roca de Calpe.

La España musulmana fue gobernada durante un período de cuarenta años por emires dependientes del Califato de Damasco. El primer emir, enviado a España por el valí de Africa, fue Al-Hurr, cuya primera medida fue el traslado de la capital a Córdoba.

A partir del año 717 aparece la denominación de Al-Andalus, término empleado por los musulmanes para designar el conjunto de tierras por ellos ocupadas dentro de nuestra Península.

En la revolución del 746 triunfa en Damasco el partido teocrático, dirigido por los Abbasíes. Son depuestos los Omeyas y ocupa el trono califal el feroz Abu Abbás, descendiente de Abbás, tío del Profeta. Abu Abbás traslada la corte a Bagdad y organiza una matanza sistemática para exterminar a todos los miembros de la estirpe de los Omeyas. De esa terrible matanza sólo se salva un joven llamado Abd al-Ramán. Su huída desde Mesopotamia a Egipto, Yfiriqilla y Marruecos, siempre tenazmente perseguido por los estandartes negros de los Abbasíes, constituye una odisea llena de intenso dramatismo. Su última residencia en Marruecos fue Sabra, a 60 kilómetros de la desembocadura del Muluya. Desde allí se pone en comunicación con antiguos partidarios y clientes de su familia, que residían en Al-Andalus.

Abd al-Ramán desembarca en Almuñécar el 13 de septiembre del 755. En Torrox forma una pequeña corte en la que organiza sus fuerzas, compuesta de omeyas y kalbíes de Jaén y Granada; desde allí emprende la marcha por la costa. Se le unen Málaga, Medina Sidonia, Archidona, Morón, Sevilla y muchos beréberes de la serranía de Ronda. Desde Sevilla se dirige con sus fuerzas a Córdoba y se encuentran con las del último emir Yusuf al-Firhí a orillas del Guadalquivir, a la vista de las murallas de Córdoba, en la encarnizada batalla de La Alameda, ganada por el Omeya. Abd al-Ramán entra en Córdoba e instaura en Al-Andalus un estado independiente del Califato de Damasco.

EL ESTADO OMEYA DE AL-ANDALUS Y SUS VIAS DE COMUNICACION

Abd al-Ramán estableció en Córdoba una política realista y, a la sombra de la tolerancia y de cierta libertad, judíos, árabes y mozárabes dieron comienzo a lo que después llegaría a ser el mayor centro comercial y cultural de Occidente. El Califato representa la culminación del poderío, la riqueza y la cultura.

Los primeros Omeyas cordobeses hicieron de Córdoba el eje de intenso movimiento comercial que intercambiaba toda clase de productos entre Oriente y Occidente. Gran número de judíos, identificados con los vencedores árabes hasta el punto de adoptar su lengua, su vestimenta y sus costumbres, acapararon prácticamente el comercio de sedas, tejidos, pe-

drería, marfil, perfumes, esclavos y eunucos y casi monopolizaron los asuntos económicos.

Conscientes los Omeyas de la imprescindible necesidad de disponer de una extensa red viaria que canalizara el vigoroso dinamismo de su comercio y favoreciera a la vez el rápido despliegue de sus efectivos militares, dotados de gran movilidad, aceptaron el reto que suponía la realización de tan grandiosa empresa, y crearon en poco tiempo un sistema de comunicaciones idóneo y profundo, congruente con las necesidades del Estado musulmán.

Dice José Antonio Conde (1) que «con los primeros emires Omeyas existía toda una red viaria bien organizada» y agrega que «desde Abd al-Ramán II estaba instituido el cargo de Saib al-Barut» o intente de postas, cargo que se cree desempeñaba Yacub, hijo del emir.

Buen número de historiadores árabes afirman que en la época de Abd al-Ramán II ya estaban en funcionamiento numerosos «arracifes» que atravesaban montes, valles, ríos y poblaciones de la España musulmana. Hace rotundamente tal afirmación el geógrafo Al-Rasis (2). Las vías de comunicación fueron conservadas y mejoradas en la época califal. Abd al-Ramán III realizó en ellas importantes mejorías, incluso alteraciones de trazado.

De la capital cordobesa irradiaban las tres vías principales hacia el norte pinunsular: la que conducía a Toledo, la ciudad más importante del centro de Al-Andalus; otra a Zaragoza, considerada como la capital de la frontera más septentrional, y la tercera a León.

Prescindiendo de la vía de León, que pasaba fuera del ámbito de Los Pedroches, las dos primeras vías, formando todavía una sola hasta llegar a Toledo, atravesaban de sur a norte la penillanura pedrocheña.

Cuatro eran los caminos árabes que cruzaban esta comarca:

El camino, que llamaremos número 1 por ser el primero organizado y utilizado, era el denominado «Camino corto de Córdoba a Toledo».

Salía de Córdoba por la Bab Tulaytula o Puerta de Toledo, se dirigía hacia Alcolea utilizando algunos tramos y puentes de la Vía Augusta romana debidamente acondicionados, y antes de llegar a Alcolea buscaba el curso del Guadalquivir, y lo seguía hasta el monasterio mozárabe de San Zoilo de Armillat, situado en la llamada «Junta de los Ríos», lugar de confluencia de los ríos Cuzna, Guadalbarbo y Varas. Desde Armillat, el trazado hacia la capital toledana formaba casi una línea recta. «La más destacada característica de este camino es precisamente la de lo derecho del mismo entre sus puntos de origen y término» (3).

(1) José Antonio CONDE, **Historia de los árabes en España**, Madrid, Marín y Compañía, 1.874.

(2) "Crónica de Al Rasis", **Boletín de la Real Academia de la Historia**, t. VIII.

(3) Félix HERNANDEZ, "Estudios de Geografía histórica", **Al-Andalus**, Madrid, C.S.I.C., 1.959.

Desde el monasterio de Armillat ascendía el camino a lo alto de la sierra por lugares escarpados, y traspasando las lomas de Villanueva de Córdoba por uno de sus portillos, se dirigía directamente a Puerto Mochuelo atravesando Los Pedroches por el lugar preciso que hoy ocupa Villanueva de Córdoba y por las proximidades del castillo de Almogávar (4).

Después de vadear el Guadalmez y dejar atrás el castillo de Mochuelos (5), subía a Sierra Madrona para penetrar en el Valle de Alcudia, atravesarlo de sur a norte, franquear la Sierra de la Solana por el puerto de Caracollera y en línea recta situarse en Abenójar, cruce importante de caminos en aquella época.

Desde Abenójar, siguiendo el curso del río Tirteafuera, trasponía el Fag Lura —o desfiladero de la Novia—, pasaba el Guadiana por el vado de Valhondo, cruzaba la Sierra de Navalagrulla por el puerto Recuero (6), y ya por terreno más raso enderezaba hacia La Angostura y Torre de Abraham, en la orilla del río Bullaque, y más arriba al puerto del Milagro (7), en la divisoria de las cuencas del Guadiana y el Tajo.

Por último, en línea recta a Toledo por las hoy pequeñas localidades de Ventas de Peña Aguilera, Cuerva, Pulgar y Lagos.

Diferentes trechos de este camino recorrían trozos de antiguas calzadas romanas, especialmente desde el Fag Lura hasta Toledo. Y bastantes tramos del mismo a ambos lados del Puerto del Milagro fueron utilizados después por la Cañada de la Mesta Segoviana.

El abandono de este camino obedeció a hacerse muy peligroso su tránsito en el recorrido por Los Pedroches y Sierra Madrona por una parte, y desde Fag Lura al Puerto del Milagro por otra (8).

El segundo camino, que llamaremos número 2, se conoce con el nombre de «Camino largo de Córdoba a Toledo». Se estableció en busca de la seguridad que ya no ofrecía el camino anterior, y su recorrido en zigzag alargaba extraordinariamente la distancia entre una y otra capital.

Salía de Córdoba por el Este, y por el Puente de Pedroches comenzaba la ascensión de la cuesta de Arlis (Cerro Muriano). Por la hoy llanada de Campo Alto llegaba al Bakar, se descolgaba al curso del Guadiato y tomando la dirección NO. lo remontaba hasta Belmez. Por el Puerto del Alcornoque entraba en la penillanura de Los Pedroches y la atravesaba en línea recta hasta la gran fortaleza de Gafit (Belalcázar).

Desde Gafit, y ahora en dirección ENE. se dirigía a Almadén cruzando la sierra de su nombre por el Puerto de Abdallah, y desde Almadén hasta

(4) Citado en el **Libro de la Montería**, Madrid, Editora Nacional.

(5) Donado por Fernando III a Córdoba el 24 de julio de 1.243.

(6) Llamado así por ser muy frecuentado por arrieros.

(7) Citado en el **Libro de la Montería**, Madrid, Editora Nacional.

(8) Eduardo AGOSTINI BANUS, **Historia de Medina del Campo**, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos.

Abenójar, donde se cruzaba con el «camino corto a Toledo» y con el que desde Lillo y Daimiel se dirigía a Sevilla por el castillo de Madroñiz.

Saliendo de Abenójar, ahora en dirección E. buscaba por terreno llano el amparo de la formidable fortaleza de Calatrava, y si se advertía alguna peligrosidad, descendía más al S. para acogerse al castillo de Caracuel, con lo que se aumentaba más aún las distancias (9).

A partir de Calatrava tomaba netamente el camino la dirección N., pasando por Malagón, Puerto de Yébenes y Orgaz. Después dirección NO., Puerto de Diezma y Toledo.

Los cambios de dirección indican los prolongados tramos zigzagueantes que alargaban excesivamente las jornadas del itinerario.

El camino número 3 es en realidad un atajo, un acortamiento entre el Bakar y Almadén del «Camino largo».

Se dirigía desde el Bakar a la cima de la Matanza y desde aquí al Puerto Calatraveño, atravesando el actual camino de Espiel a Obejo por su punto medio. (En esta encrucijada situó Pío Baroja la acción de los primeros capítulos de la **Feria de los discretos**). Desde el Puerto Calatraveño tomaba la dirección N. hasta Almadén, pasando por los actuales Alcaracejos, El Viso de Los Pedroches y Santa Eufemia.

Una variante de este camino era la que desde el Puerto Calatraveño iba directamente a Puerto Mochuelo. Bajaba de la cima del Calatraveño, y por Los Jarales, siguiendo el recorrido del que todavía se conoce como «camino de Espiel a Pozoblanco», entraba en lo que actualmente es Pozoblanco, y por Pedroche y el lugar que hoy ocupa Torrecampo pasaba a Puerto Mochuelo.

El camino número 4 salía de Córdoba por el E., recorriendo tramos de la Vía Augusta por Alcolea, Alcocer (El Carpio) y Montoro. Por este lugar pasaba el Guadalquivir, y ascendiendo a lo alto de la sierra entraba en la comarca de Los Pedroches y la cruzaba por los parajes donde hoy se hallan Cardaña y Azuel en busca de Fuencaliente; aquí tomaba la dirección N. para penetrar en Alcudia por el Puerto de Niefla. Desde este lugar, y en línea recta, iba a confluir con el «camino largo» en un punto del tramo Abenójar - Fortaleza de Calatrava, no lejos de ésta.

Un sistema de fortificaciones escalonadas de O. a E. en el norte de Los Pedroches vigilaba y dominaba los pasos de los cuatro principales caminos árabes que acabamos de describir.

Esa alineación de fortalezas, constituídas por la Alcazaba de Gafit (la actual Belalcázar) y los castillos de Santa Eufemia, La Nava, Vioque, Atalayas, Madroñiz, Pedroche, Almogávar, La Torre, Galices, Montezocar, Azuel y La Iniesta, con otros más cuyos restos y nombres no han llegado hasta nosotros, fue erigida por los emires Omeyas cordobeses como una

(9) Félix HERNANDEZ, "Estudios de Geografía histórica", **Al-Andalus**, Madrid, C.S.I.C., 1.959.

especie de marca para contener las insurrecciones de los gobiernos regionales del norte en continua actitud de rebelión y servir también de base de partida para sofocar sus frecuentes levantamientos.

Gafit defendía el paso de Almadén al curso alto del río Guadiato.

El castillo de Madroñiz dominaba el camino de Almadén a Extremadura a su paso por el río Zújar.

El de Santa Eufemia, junto con sus satélites La Nava, Vioque y Atalayas guardaba la entrada norte de Los Pedroches.

Los castillos de Pedroche y Almogávar vigilaban la entrada en Los Pedroches por Puerto Mochuelo.

Y los castillos de Azuel y de La Iniesta salvaguardaban la penetración en Los Pedroches procedente de Fuencaliente.

POBLACION Y AISLAMIENTO

Fahs al Ballut, o Llano de las Bellotas, como llamaron los árabes a la comarca de Los Pedroches, fue siempre asiento de una población semi-independiente. Primeramente estuvo poblada por beréberes, a los que se unió después una agrupación de tardíos inmigrantes sirios, y en todo momento por rebeldes desterrados de Córdoba y disidentes fugitivos de Toledo. El resultado fue una mezcolanza de población formada por elementos étnicos de origen diverso, cuya característica común era la rebeldía, la oposición a todo gobierno constituido.

Una parte de la población estuvo agrupada alrededor de las fortalezas de Almogávar, Pedroche, Santa Eufemia y Gafit, más un pequeño poblado, seguramente minero, al amparo del castillo del Cuzna, y una aldea o alcaría aproximadamente situada en el espacio que hoy ocupa Alcaracejos.

Otra parte vivió diseminada en cortijadas o casas de labor, pequeñas explotaciones agro-pecuarias establecidas en los terrenos más apropiados al cultivo por las condiciones del suelo y por la abundancia de agua.

Tras la conquista de Toledo por Alfonso VI (1.085), que trajo como consecuencia la venida de los almorávides a Al-Andalus, los caminos de Córdoba a Toledo pierden su vigencia.

Los almorávides, y más tarde los almohades, utilizarán la vía del Muradal para dirigirse a la fortaleza de Calatrava, y desde allí asestar mortíferos golpes sobre las tierras y poblaciones de la comarca toledana.

Cuando en el primer tercio del siglo XII, utilizando también la vía del Muradal, inicia Alfonso VII las expediciones destructoras contra el corazón del poderío árabe, éstos abandonan las fortalezas del norte de Los Pedroches, a excepción de la Alcazaba de Gafit, situada en el extremo NO. La población musulmana, indefensa y a merced de toda clase de incursiones enemigas, se ausenta del Llano, replegándose al otro lado de los rebordes montañosos del sur.

Fahs al Ballut, con sus caminos perdidos y al margen de la principal vía de comunicación que recientemente se ha abierto entre Castilla y Andalucía y que discurre por Despeñaperros y el valle del Guadalquivir, queda aislado, silencioso, deshabitado, anclado en tierra de nadie y atezado por el dogal montañoso que lo encierra.

Y así continúan Los Pedroches, hablando en términos relativos. Con una estimable población muy activa y laboriosa, pero aislados todavía, al cabo de nueve siglos, por las grandes distancias que los separan de las vías nacionales de comunicación.

La despoblación duró un largo siglo y medio, y la repoblación fue tardía, lenta y espinosa.

El abandono prolongado convirtió al «Llano de las Bellotas» en una selva en pequeño y la acción intermitente e implacable de los agentes físicos y químicos de la atmósfera fue arruinando poco a poco la belleza impresionante de aquellas portentosas construcciones defensivas que desde las alturas de Los Pedroches elevaban al cielo las siluetas airosas de sus torres almenadas.



En los siglos... de los reinos de Castilla y Aragón... que en gran parte se la habían... y la segunda... y silenciosos, eleva... el castillo de Montemayor... que el pueblo... Ya el Abad de... en 1626, al hacer... Montemayor hace... que María... y prudente... respectivamente... por obligación a... en efecto el desvelar y desmantelar lo más de él, transfiriendo su población a más fuerte castillo según la práctica de aquella era, en segura y aventuroso sitio, dando respecto del lugar donde lo fundó nombre de Montemayor, conde a otros muchos de España, de diversas provincias de ella, pero ninguno entre todos este por edificio en las ruinas de la antigua ciudad de Ulla, municipio perteneciente a los romanos, según lo afirma César y lo refiere Plinio que le nombra muchas veces pero con el nombre de Ulla, como también lo nombra Dios Casio, siendo lo cierto haberse llamado Ulla según Plinio y Apuleyo en su Hierocleria. Podría ser bien de las más antiguas ciudades de España y el Orbe todo. Dieron que Ulla fue fundado del Rey Ulo, por nombre Escala, hijo del Uro, pero a este Rey le dio estos dos nombres por Ulo o Siculo, Julia Bayo en sus crónicas.